



PAZ en la FAMILIA

*Una guía bíblica para
manejar los conflictos
en su hogar*

Ken Sande
con Tom Raabe



La misión de *Editorial Portavoz* consiste en proporcionar productos de calidad —con integridad y excelencia—, desde una perspectiva bíblica y confiable, que animen a las personas a conocer y servir a Jesucristo.

Título del original: *Peacemaking for Families* © 2002 por Peacemaker Ministries y publicado por Tyndale House Publishers, Carol Stream, Illinois 60188.
Traducido con permiso.

Edición en castellano: *Paz en la familia* © 2011 por Editorial Portavoz, filial de Kregel Publications, Grand Rapids, Michigan 49501. Todos los derechos reservados.

Traducción: Rosa Pugliese

Todos los derechos reservados. Ninguna parte de esta publicación podrá ser reproducida, almacenada en un sistema de recuperación de datos, o transmitida en cualquier forma o por cualquier medio, sea electrónico, mecánico, fotocopia, grabación o cualquier otro, sin el permiso escrito previo de los editores, con la excepción de citas breves o reseñas.

A menos que se indique lo contrario, todas las citas bíblicas han sido tomadas de la versión Reina-Valera © 1960 Sociedades Bíblicas en América Latina; © renovado 1988 Sociedades Bíblicas Unidas. Utilizado con permiso. Reina-Valera 1960™ es una marca registrada de la American Bible Society, y puede ser usada solamente bajo licencia.

Los casos presentados en este libro no son reales. Se basan en la experiencia del autor con sus clientes a través de los años. Cualquier parecido entre estos personajes de ficción y personas reales es mera coincidencia.

EDITORIAL PORTAVOZ

P.O. Box 2607

Grand Rapids, Michigan 49501 USA

Visítenos en: www.portavoz.com

ISBN 978-0-8254-1840-2

1 2 3 4 5 / 15 14 13 12 11

Impreso en los Estados Unidos de América
Printed in the United States of America

*Para Corlette, Megan y Jeff,
que, para mí, son pacificadores ejemplares en la vida diaria,
y me bendicen abundantemente con la dádiva del perdón.*



CONTENIDO

Prólogo.....	7
Parte 1: Las familias que pelean	
1 Matrimonio implica conflicto.....	11
2 Cómo llegar a la raíz del conflicto.....	22
3 El sistema bíblico para la pacificación.....	38
Parte 2: El matrimonio pacificador	
4 La confesión.....	51
5 La confrontación.....	67
6 El perdón.....	83
7 La negociación.....	96
Parte 3: El conflicto en la familia	
8 Cómo enseñar a los hijos a ser pacificadores.....	113
9 Cómo hacer las paces con los hijos.....	131
10 Conflictos entre los miembros adultos de la familia ...	150
Parte 4: Cómo buscar ayuda	
11. Ayuda para un matrimonio en conflicto.....	173
12. Pólizas de seguro para un matrimonio saludable.....	186
Apéndice A: Lista de verificación de un pacificador.....	199
Apéndice B: Peacemaker Ministries: Historia y propósito.....	205
Apéndice C: La cruz y la crítica.....	207
Notas finales.....	217
Bibliografía.....	219

PRÓLOGO

Mi familia ha demostrado ser el lugar perfecto que nos enseña a ser pacificadores. Aunque nos amamos entrañablemente, nuestro contacto diario crea el marco para el descontento y la irritación que, muchas veces, da lugar a conflictos entre nosotros. De hecho, justo antes de terminar este libro, mi hijo de ocho años me confrontó amorosamente acerca de cómo estaba manejando un conflicto con mi esposa.

Igual que la mayoría de las personas, mi familia ha descubierto que hay tres maneras de manejar los conflictos en la vida familiar normal. Podemos ser *simuladores de la paz*, y negar los problemas, transigir constantemente y volvernos distantes para con los miembros de la familia. Podemos ser *infractores de la paz*, y valernos de la manipulación, el sarcasmo o el enojo manifiesto para forzar a los demás a ceder ante nuestros deseos. Ambos métodos pueden hacer estragos en la familia, y rebajarla a una coexistencia superficial o a un campo de batalla encarnizado.

Nuestra tercera opción es usar los conflictos de la vida familiar para ser *pacificadores*, y recurrir a la gracia de Dios para practicar los poderosos principios para la pacificación que Él nos ha dado en su Palabra. Este método podría requerir mucho esfuerzo y cambio de nuestra parte; pero es la forma más segura de preservar nuestro matrimonio y ver a nuestra familia crecer en amor, carácter y testimonio cristiano.

Este libro tiene la misión de animarle y darle las herramientas para que sea un pacificador en su familia. Como presidente de Peacemaker® Ministries desde 1982, he puesto a prueba estos principios en cientos de conflictos, que van desde familias aquejadas de problemas a divorcios llenos de resentimiento y pleitos judiciales multimillonarios. Más importante aún, he tenido que practicar estos principios una y otra vez en mi propia familia, que, como cualquier otra, lucha con el pecado y los conflictos y está agradecida cada día por el poder de reconciliación de Jesucristo.

Ya he descrito estos principios en mi libro, *Pacificadores: Una guía bíblica para la solución de los conflictos personales* (Ediciones Las Américas, edición 2007). Ese libro presenta un argumento comprensivo y detallado de cómo resolver una amplia gama de conflictos, ya sea en la familia, en el lugar de trabajo, en la iglesia o en la sala de un tribunal. Y no obstante, es el manual principal de resolución de conflictos de

nuestro ministerio, que actualmente está capacitando a pacificadores, reconciliadores y Conciliadores Certificados Cristianos™ alrededor del mundo (véase Apéndice B).

En este libro, nos centraremos exclusiva y detalladamente en la familia. Reflexionaremos en las promesas y mandatos de pacificación de Dios para sobrellevar los conflictos que surgen entre esposos y esposas, entre padres e hijos y entre familiares allegados.

En los capítulos 1-7, veremos maneras de resolver las disensiones matrimoniales al identificar la raíz causante de nuestros conflictos y ponerles fin mediante una confesión sincera, una confrontación amorosa y un perdón genuino. En los capítulos 8-9 nos sumergiremos en el maravilloso mundo de los conflictos con los hijos. Veremos métodos creativos para resolver tensiones con y entre nuestros hijos, y también estudiaremos la manera de usar los conflictos de la vida diaria como oportunidades para enseñar a nuestros hijos a ser verdaderos pacificadores con sus amistades, en su matrimonio y en su carrera profesional.

En el capítulo 10, ampliaremos nuestro enfoque y analizaremos los retos y oportunidades de resolver los conflictos con los padres o hermanos adultos. En el capítulo 11, veremos las ayudas disponibles para un matrimonio aquejado de problemas. Finalmente, en el último capítulo, identificaremos la manera de desarrollar escudos protectores en nuestro matrimonio, que nos ayuden a prevenir o resolver conflictos futuros que puedan destruir las relaciones más preciosas de nuestra vida.

Como podrá ver, estos principios son notablemente simples y fáciles de comprender. ¡Otra cosa es ponerlos en práctica! Puede que necesitemos bastante esfuerzo para dejar de lado nuestra manera antigua de resolver los conflictos y adoptar la modalidad pacificadora de Dios. Pero el esfuerzo, bien vale la pena. Cuando usted aprende a ser un pacificador, puede proteger a su familia de los conflictos destructivos, profundizar su amor e intimidad con su cónyuge y brindar a sus hijos un fundamento sólido para la vida. Más importante aún, puede ser un testimonio vivo del poder de reconciliación de Jesucristo en el mundo.

Para la gloria de Dios y el bien de aquellos que usted ama, Tom y yo esperamos, y oramos, que este libro le inspire y le enseñe a ser un pacificador en su familia.

Ken Sande

Parte 1

LAS FAMILIAS QUE PELEAN



Matrimonio implica conflicto

Eran las siete y media de la tarde cuando Esteban abrió cuidadosamente la puerta de su casa y entró sigilosamente. Se detuvo en el vestíbulo a la espera de señales de vida: su esposa, Julia, sentada en la sala de estar leyendo o mirando TV, o sus hijos, Josué y Victoria, haciendo la tarea escolar en la mesa del comedor. Al no ver a nadie, fue rápidamente hacia el pasillo que lo llevaba al refugio de la recámara principal. Pero antes que terminara de escabullirse, Julia salió de la cocina, con las manos en la cintura para impedirle el paso.

—¡Por fin, llega a casa el señor! —dijo ella.

Esteban refunfuñó, y trató de desviarse para eludir a su esposa.

—Dijiste a las seis —dijo Julia mientras trataba de cerrarle el paso.

—Tuve un contratiempo.

—Es la tercera vez en esta semana que tienes un contratiempo —dijo ella con tono burlón y sarcástico.

—Llamaron de la compañía Hellman a las cinco y media. Son nuestros mejores clientes. ¿No esperarás que me fuera *sin* atenderlos, verdad?

—Tendrás que prepararte tu propia cena —dijo Julia rezongando.

—Me compré algo de camino a casa —dijo Esteban.

Esteban se hizo a un lado y pasó furtivamente junto a ella hacia la recámara, mientras se aflojaba la corbata y caminaba con la esperanza de que ella no lo siguiera. Si todo salía como él quería... o sea, si Julia no

insistía en pasarle un informe detallado de las novedades del día acerca de ella y de los niños, él se cambiaría de ropa rápidamente y entraría a hurtadillas a su estudio para seguir trabajando. O se escaparía hasta el garaje, donde, si no tenía nada que hacer, buscaría algo. Durante el mes pasado había reorganizado el tablero de herramientas seis veces.

Cuando salió del vestidor, se estaba acomodando una camisa informal dentro de su pantalón vaquero. Julia estaba sentada en su tocador frente a él.

—¿Adivinas qué pasó con tu hijo hoy? —dijo ella.

Él miró a Julia, que tenía los brazos cruzados de modo desafiante, e hizo un gesto de negación con la cabeza.

—Se sacó una calificación no muy buena en el examen de matemáticas ayer.

—¿Josué tuvo un examen de matemáticas ayer? —preguntó Esteban mientras se mostraba sorprendido.

—¡Qué buen padre! —respondió Julia—. Hace tres días que viene hablando de lo mismo.

—No me di cuenta —dijo Esteban.

Esteban se subió la cremallera, se abrochó el pantalón, y se sentó al borde de la cama, una posición que indicaba interés de su parte, pero también le permitía escabullirse de la escena tan pronto la conversación menguara.

—¿Dónde está ahora? —preguntó Esteban.

—En su cuarto. ¡Y más vale que esté estudiando matemáticas! —respondió ella.

—¿No se esforzó para su examen? —preguntó Esteban.

—Evidentemente no. Nuestro hijo puede sacarse *mejores* calificaciones —respondió ella.

—Tal vez no entendió bien la lección —dijo él.

—Imposible. La estuvimos repasando juntos por dos horas ayer a la noche —dijo ella.

—Bueno, tal vez, tuvo un mal día. Los niños también tienen días malos, tú lo sabes. No puedes castigarlo por eso —dijo él.

—¿Por qué siempre te pones del lado de los niños en estas cuestiones, Esteban? Ni siquiera *sabías* que Josué tenía un examen, ¿y ahora te pones de su lado? —preguntó Julia.

En aras de la paz del hogar, Esteban no respondió nada.

—¿Y Victoria? —dijo él— ¿está en su cuarto también?

—Tú sabes que los jueves a la noche tiene clases de gimnasia —dijo Julia ásperamente.

—¡Ah! ¡Cierto! Los jueves a la noche tiene clases de gimnasia. A veces me confundo —dijo él.

—Estaba de muy mal humor esta mañana cuando la llevé a la escuela. Seguía malhumorada después de la escuela cuando la recogí para llevarla a la clase de natación. Además se estuvo peleando con Josué durante la cena. Y ni siquiera se despidió de mí cuando la señora de López la pasó a buscar para ir a la clase de gimnasia.

Esteban se encogió de hombros en silenciosa impotencia.

—Estoy preocupada por ella —dijo Julia—. Ha estado muy *hosca* últimamente.

—Bueno, a lo mejor está demasiado cansada. La tienes sobrecargada con un montón de cosas.

—¡Ah! ¡Muy bien! —dijo Julia furiosamente—. Entonces, ¿ahora soy yo la culpable? Solo estoy tratando de que desarrolle las habilidades que Dios le ha dado en todas las actividades que pueda. Siempre pensé que era algo *bueno*.

—Solo estoy diciendo que parece que todas las noches tiene una actividad —dijo Esteban.

Julia se levantó y dijo:

—Y yo solo estoy diciendo que sería de gran ayuda si pudiera contar con tu apoyo con los niños. O, al menos, que estuvieras cerca de vez en cuando para hablar de la vida y la crianza de los niños.

—Tú sabes que últimamente he estado muy ocupado en el trabajo, Julia —exclamó él.

—No puedo recordar un día que no estuvieras ocupado —dijo ella.

—Es que, ha sido una locura en el trabajo —dijo él.

—Dime una cosa, Esteban. Por favor, dime, ¿cuándo *dejará* de ser una locura en el trabajo? ¿La semana que viene? ¿La próxima? ¿La siguiente? ¿Cuándo? —preguntó ella.

Esteban no tenía respuesta.

—*Siempre* es una locura en el trabajo, Esteban. Tanta locura que no tienes tiempo para tu familia. Llegas a casa a las siete y media de la tarde... con suerte. Y cuando estás en casa, es como si no estuvieras. Si tu mente no está en algún proyecto laboral, corres al estudio para seguir trabajando apenas llegas a casa o te vas rápidamente al garaje para hacer quién sabe qué. Tengo que acorralarte en el dormitorio para poder hablar contigo.

Esteban hizo una pausa para reunir fuerzas. Cuando ella atacaba su trabajo, lo atacaba a él, y él no lo toleraría... con paz o sin paz.

—Yo trabajo duro, Julia —dijo él, alzando la voz— porque eso es lo

que Dios me ha llamado a hacer. Para ti es un delito que yo esté dedicado a mi trabajo. Ambos deberíamos darle gracias al Señor que me haya dado una profesión que sé desempeñar bien y disfruto.

—No, el delito es que ignores a tu esposa y a tus hijos. Dios no te está pidiendo que estés tan absorto en el trabajo que ni siquiera nos prestes atención a nosotros. Eso es un delito, Esteban —dijo ella.

Esteban se puso de pie bruscamente, apuntó a su esposa con el dedo y le dijo:

—Bien, no escuché ninguna queja cuando te compré la *minivan* nueva. Y el nuevo juego de sala... ¿de dónde crees que salieron los cuatro mil dólares para comprar eso?

—Todo lo que nosotros queremos es *un poco* de tu preciado tiempo, Esteban. Tan solo una mínima parte de tu atención —dijo ella.

—Y también quieres los gastos de escolaridad de los niños. Y las matrículas de todas esas *cosas* —Esteban por poco dice la palabra con desdén—, en las que los metiste. ¡Y la ropa! ¡Y el dinero para los gastos!

—¿Y quién crees *tú* que está criando a estos niños? ¿Y los lleva a todas sus actividades? ¿Y se *interesa* en sus...

—¡Esa es la cuestión, Julia! —ahora Esteban estaba gritando—. Tú no estarías haciendo todo eso sin mi sueldo.

—Bien, tal vez, deberíamos comenzar a ignorarte a ti también, así como tú nos ignoras a nosotros —le contestó Julia gritando también.

—Si hicieras *eso*, sin duda sería más feliz —dijo él.

—¿Qué quieres decir con *eso*? —preguntó ella.

—Me persigues todo el tiempo. ¡Me atosigas y me fastidias! —respondió él.

—Bueno, todo lo que puedo decir es que como padre cristiano, dejas mucho que desear —dijo ella.

Esteban se dirigió hacia la puerta del dormitorio.

—De hecho, voy a dejar que empieces a ignorarme ahora mismo —le respondió él, y salió rápidamente por el pasillo.

—¿A dónde vas? —le preguntó Julia mientras iba detrás de él.

—Afuera —le respondió él.

—¿A dónde? —le preguntó ella.

—A cualquier lugar donde no estés tú —respondió Esteban mientras cruzaba la puerta de casa.



Conflictos como éstos no eran lo que Esteban y Julia tenían en mente cuando contrajeron matrimonio hace doce años. Ambos eran cristianos

y consideraban que la vida matrimonial era una bendición de Dios para la raza humana, y abrigaban la esperanza de tener un hogar en paz. Estaban había soñado con ser el principal sostén de la familia y un esposo cariñoso, parte integral de una familia muy unida, que les brindara *apoyo* a su esposa y sus hijos. Julia había imaginado que sería una esposa cariñosa y comprensiva, que respaldaría a su esposo en su vocación y participaría activamente —y significativamente— de la vida diaria de sus hijos.

Ellos eran como millones de parejas cristianas que se embarcan en el compromiso matrimonial para toda la vida. Pero, como muchas otras parejas, en algún punto de su vida matrimonial surge el conflicto que empaña su perspectiva de un futuro feliz.

Al principio, sus conflictos eran medianamente insignificantes, y podían perdonarse uno al otro, ya que contaban con la reserva de buena disposición que Dios le da a la mayoría de los recién casados. Pero cuando esa reserva se acabó, sus conflictos se volvieron más intensos y el daño más difícil de reparar. A veces, terminaban en discusiones y gritos, y se decían cosas que nunca hubieran imaginado poder decir, y se causaban heridas que parecía que nunca podrían sanar. Otras veces, se intercambiaban comentarios sarcásticos de una manera más moderada, se evitaban uno al otro por el resto del día y, a la noche cuando se iban a la cama, cada uno se giraba para su lado, en distanciamiento y silencio.

En ambos casos, cuando se despertaban a la mañana siguiente, sentían que el conflicto de la noche anterior todavía seguía en el aire. Para evitar la contaminación del ambiente, se mantenían distantes uno del otro, y hablaban de asuntos inofensivos y temas triviales, y simulaban que nada había pasado la noche anterior. Con el paso del tiempo, Julia se fue llenando de temor y frustración, y Esteban raras veces hablaba de sus sueños con su esposa. Ambos sabían que la intimidad que había bendecido su matrimonio en un principio, se había esfumado.

Su matrimonio se había convertido en un auténtico infierno. A veces estaba cargado de ira e intensidad; otras veces era relativamente correcto, incluso extrañamente tranquilo (hay cierta tranquilidad en la rutina y cuando se sabe qué esperar, aunque sea destructivo). No obstante, era un infierno, y cada día se parecía menos al matrimonio de sus sueños. Ninguno de ellos sabía cómo impedir que su matrimonio se fuera cuesta abajo.

LA LOMA RESBALADIZA DEL CONFLICTO

Lamentablemente, las respuestas de Esteban y Julia al conflicto son demasiado comunes entre las parejas de casados, incluso cristianas. A

pesar de su fe, habían desarrollado el hábito de reaccionar al conflicto de manera destructiva y poco bíblica.

El ser humano responde al conflicto de tres maneras básicas. Estas respuestas podrían representarse con la figura de una curva o “loma resbaladiza”, que se asemeja a una cuesta congelada con sus dos lados en total declive. Del lado izquierdo de la cuesta se encuentran las respuestas de escape, del lado derecho se encuentran las respuestas de ataque, y en lo alto se encuentran las respuestas de paz.¹



Las respuestas de escape

Las respuestas de escape y ataque casi siempre son destructivas para la relación. Las respuestas de escape frente al conflicto son las preferidas de aquellos que están más interesados en evitar un conflicto que en resolverlo. Las respuestas de escape generalmente son hacia adentro; a menudo tienen que ver “con uno mismo”. Los que escapan, están buscando lo fácil, conveniente o agradable para ellos mismos. A menudo temen la confrontación. Por lo general, están más preocupados por las apariencias que por la realidad, y se podría decir que son “simuladores de la paz”.

Hay tres clases de respuestas de escape, cada una más grave que la otra. Muchas personas son propensas a *negar la realidad*. Simplemente simulan que no existe el problema, o se niegan a tratar de resolver el problema debidamente. El alivio que la negación trae casi siempre es temporal. Si los problemas no se resuelven debidamente, por lo general, a la larga empeoran.

Cuando la negación no funciona, a menudo las personas deciden *huir*. Se dan media vuelta y se evaden del conflicto; entonces, huyen a un garaje, terminan con una amistad, renuncian a un trabajo, cambian

de iglesia o, dentro del marco de la familia, piden el divorcio. Huir es legítimo en situaciones extremas cuando se corre el grave peligro de sufrir daños, tales como el abuso físico o sexual y, por el momento, no se puede resolver constructivamente el problema. Sin embargo, en la mayoría de los casos, huir solo pospone la solución adecuada del problema.

Trágicamente, algunas personas pierden toda esperanza de resolver un conflicto y buscan una forma de escape extrema: el *suicidio*. Sobra decir que este método de resolver los conflictos nunca es el correcto.

Las respuestas de ataque

Del otro lado de la loma resbaladiza, encontramos las respuestas de ataque al conflicto. Estas respuestas son las que emplean aquellos que están más interesados en ganar una pelea que en preservar una relación. El conflicto para estos individuos es la oportunidad de defender sus derechos, controlar a otros, o tomar ventaja de su situación. Es interesante notar que no solo los individuos fuertes y seguros son los que optan por este modo de “resolver” los conflictos, sino también los débiles, inseguros y vulnerables. Los que atacan no se enfocan en “sí mismos” como los que se escapan, sino en “el otro”, ya que culpan a su cónyuge y esperan que él o ella resuelva el problema. Los que atacan a menudo son los “infractores de la paz”, dispuestos a sacrificar la relación y la armonía del hogar para conseguir lo que desean.

Hay también tres clases de respuestas de ataque. La *agresión*, la primera respuesta de ataque, por lo general, consta de ataques verbales entre los que se incluyen: criticar despiadadamente, acosar o fastidiar, denigrar, decir palabras duras o amenazadoras. Trágicamente, a veces también llega a incluir agresividad física. Ya sean respuestas de ataque verbal o físico, siempre empeoran el conflicto.

El *litigio* —llevar el asunto ante el tribunal— es otra respuesta de ataque que los cristianos usan a menudo, si bien la Biblia prohíbe la acción de demandarse judicialmente uno al otro (1 Co. 6:1-8). El litigio puede implicar la batalla por la herencia de un padre, una demanda de divorcio o una querrela legal interminable por el régimen de visitas o la custodia de un niño. El sistema legal puede causar estragos sobre las relaciones personales, y los niños a menudo son los que más sufren.

El *asesinato* es la respuesta de ataque más extrema. Aunque la mayoría de los cristianos no asesinaría a alguien físicamente, muchos suelen cometer otra clase de asesinato. En Mateo 5:21-22, Jesús enseña que si albergamos odio o rencor en nuestro corazón hacia otra persona,

a los ojos de Dios, somos culpables de asesinato. En base a esta definición, muchos de los conflictos que surgen en los hogares cristianos dan lugar a repetidos asesinatos. Sin arrepentimiento, esta serie de “asesinatos” acaba muchas veces con un matrimonio.

En los conflictos prolongados, muchas personas vacilan y oscilan entre respuestas de ataque y respuestas de escape. Puede que al principio busquen escaparse pero, cuando se sienten acorraladas o atacadas, dan la vuelta a la situación y pasan a ocupar la zona de ataque. Puede que otros, inicialmente, asuman la modalidad de ataque; pero cuando se les provoca o contraataca, levantan las manos y se repliegan. Lamentablemente, no es atípico ver en una pareja casada que vayan alternando una y otra vez entre estas respuestas de ataque y escape, que dan lugar a la danza angustiada del conflicto destructivo.

En la ilustración anterior, Esteban podría llegar a tener una vaga idea de que Julia y él están en problemas, pero para él es algo remoto. Para Esteban es “ojos que no ven, corazón que no siente”. Cuando él está en la oficina, el problema está a kilómetros de distancia, tanto física como mentalmente. Regresar a casa del trabajo implica tener que volver a pensar en el problema. Y cuando su esposa se lo echa en cara, él trata de ignorarlo. Solo le contesta cuando pone en entredicho su trabajo.

Julia, por otro lado, asume fácilmente la modalidad de ataque, porque ella es la que está viviendo a diario con el conflicto. Toda su vida gira alrededor de sus hijos, con quienes está constantemente, y cuando se portan mal o no le hacen caso, ella reacciona de manera extrema y precipitada. Y de ese modo adopta una postura agresiva para con su esposo. Ella *quiere* que el conflicto se resuelva a su favor, o al menos tener un alivio en medio de su caos diario. Solo cuando ve que la discusión no da fruto y que, en realidad, asume un patrón repetitivo — Esteban no solo se niega a ceder, sino que además entra en pleito—, entonces ella escapa.

Las parejas atrapadas en el ciclo de ataque y escape pagan un alto precio. Pierden gran cantidad de tiempo y esfuerzo en sus peleas y, debido a eso, terminan agotadas emocional y físicamente. No logran encontrar soluciones duraderas a sus dificultades. Por lo general, hay un daño “colateral” severo: a menudo, sus hijos, amigos cercanos y familiares también sufren. Y el resultado final, cuando llega, es casi siempre negativo. Al menos uno de los cónyuges, y muchas veces ambos, descubren que la solución es insatisfactoria. En resumen, las parejas que responden al conflicto con escape y ataque, por lo general, pierden intimidad y se distancian cada vez más.

Las respuestas de los pacificadores

La buena noticia es que hay una tercera manera de manejar el conflicto, una manera mejor. Esta manera no tiene que ver con “uno mismo”, como en el escape, ni con “el otro”, como en el ataque; sino con “ambos”. En vez de ser “simuladores de la paz” o “infractores de la paz”, de esta manera somos “pacificadores”. Y su resultado no es el fin de la relación, sino *la sanidad y el fortalecimiento* de ésta. A continuación haré una presentación breve de estas respuestas, luego las veremos en más detalle en los capítulos siguientes.

Regresando a nuestra ilustración de la loma resbaladiza, vemos que de izquierda a derecha, en la cúspide de la loma, están las tres respuestas personales de los pacificadores. En la mayoría de las situaciones, las parejas podrían tener estas respuestas de manera personal y privada, sin la intervención de otros.

Primero, se podría resolver el conflicto de una manera simple y consciente, al *pasar por alto* la ofensa y perdonar inmediatamente. Muchas discusiones son tan insignificantes que deberían resolverse de esta manera; una manera que la Biblia recomienda (véase Pr. 12:16; 17:14; 19:11).

Sin embargo, algunos conflictos son demasiado importantes para pasarlos por alto. Cuando están en juego asuntos importantes, ya sean personales o relacionales, deberíamos resolverlos mediante el *diálogo*, es decir, una confesión o confrontación amorosa. Esto, a su vez, abre la puerta para el perdón y la reconciliación. Jesús habla en repetidas ocasiones de este método para resolver los problemas interpersonales (véase Mt. 5:23-24; 7:3-5; 18:15).

Cuando una discusión tiene que ver con asuntos substanciales, como los relacionados con el dinero, la propiedad u otros derechos, entonces deberíamos incurrir en la *negociación*. Esto implica conversar acerca de las inquietudes e intereses de cada parte, y trabajar juntos para encontrar una solución mutuamente satisfactoria (véase Fil. 2:4).

Lamentablemente, no todas las discusiones pueden resolverse en privado; algunas, después de reiterados esfuerzos infructuosos en privado, requieren la participación de otras personas de la iglesia o comunidad. Hay tres maneras de conseguir ayuda para resolver las diferencias.

En primer lugar, podría buscar *consejería individual* de un consejero espiritualmente maduro, que sea capaz de ayudarlo a encontrar la manera más eficaz de comunicarse con su cónyuge e incluso resolver sus diferencias en privado (Pr. 13:10). Segundo, usted y su cónyuge podrían buscar *consejería o mediación conjunta*, que implicaría reunirse

juntos con uno o más consejeros, que les ayuden a comunicarse y encontrar soluciones lógicas a sus diferencias (Mt. 18:16). Tercero, si su cónyuge no responde a la consejería y persiste en un comportamiento pecaminoso, que amenaza su matrimonio, podría apelar a su iglesia para que ejerza una *disciplina eclesiástica* redentora que promueva el arrepentimiento y restaure su relación (Mt. 18:17).



Como indican los versículos de las Escrituras anteriormente citados, el mandato de Dios es de no resolver nuestros conflictos por la vía del escape o el ataque, que casi siempre dan lugar a relaciones heridas o resquebrajadas. En cambio, en su misericordia, nos enseña respuestas pacificadoras poderosas, que podemos usar para resolver los conflictos cotidianos que surgen en nuestra familia.

Pero Dios hace más que tan solo establecer un proceso para resolver los conflictos. Él se deleita en trabajar en nosotros y a través de nosotros cuando confiamos en sus promesas y obedecemos su mandato de ser pacificadores. Al mismo tiempo, está profundamente comprometido en ayudarnos a entender la raíz causante de nuestros conflictos y cambiar las actitudes y hábitos que amenazan nuestras relaciones. En resumen, Dios está deseoso de manifestar las maravillas del evangelio en medio de nuestros conflictos matrimoniales y familiares, de modo que pueda revelar el poder transformador de su Hijo, Jesucristo.

En los capítulos siguientes, veremos maneras de depender de este poder para poner en práctica los principios pacificadores de Dios, y así resguardar nuestras preciadas relaciones familiares y dar gloria y honor al Señor.



EVALUACIÓN PERSONAL

Si usted quiere crecer como pacificador, necesita pensar sinceramente en su manera de responder naturalmente al conflicto. Puede comenzar por reflexionar en las siguientes preguntas. Si quiere realizar una mejor evaluación personal, comente sus respuestas con su cónyuge y pídale que le exprese una opinión sincera al respecto. Esto podría suscitar algunas revelaciones desagradables, pero también puede mostrarle en qué ámbitos de su vida necesita crecer. Si usted responde a las opiniones y sugerencias de su cónyuge con humildad, ella/él podría sentirse inspirado a realizar un proceso similar de autoevaluación.

1. Cuando usted era niño, ¿cómo acostumbraban a responder sus padres a los conflictos? (Mencione específicamente una o más de las respuestas representadas en la loma resbaladiza). ¿Cómo se ha transmitido a su vida la manera en que sus padres respondían al conflicto?
2. Si alguien le preguntara a su cónyuge cuál de las respuestas representadas en la loma resbaladiza del conflicto usa usted normalmente, ¿qué diría? ¿Qué dirían sus hijos?
3. Piense en un conflicto reciente con su cónyuge o sus hijos, que no manejó tan bien como hubiera deseado. Describa la progresión del conflicto, según las respuestas específicas representadas en la loma resbaladiza del conflicto. ¿Qué cree que sintieron su cónyuge o sus hijos como resultado de sus diferentes respuestas? ¿Cómo reaccionaron ellos ante sus respuestas?
4. Cuando usted tiene un conflicto con personas que no forman parte de su familia, ¿responde de manera diferente? Si es así, ¿por qué? Si su familia nota una diferencia, ¿qué piensa que siente su familia?
5. Cuando sus hijos ven su ejemplo, ¿están aprendiendo a responder al conflicto como pacificadores o como simuladores o infractores de la paz? ¿Qué quiere hacer en el futuro, con la ayuda de Dios, para ser un mejor ejemplo para ellos?